

671680 *Memorias de 48-1970-1-3* Recuerdos del Padre Escudero

Por ANTONIO R. ROMERA

Estas remembranzas serán atado un tanto desordenadas. Surgen un poco al albur de los recuerdos conforme vienen a la memoria y por celebración inconsciente.

Iba a verlo de vez en cuando a San Agustín. Mi visita tenía lugar algún sábado o domingo en la mañana de la primavera o de los calidos del verano. El viejo jardín de la casa conventual de la calle del Estado era a esa hora y en ese tiempo una para maravilla. La luz matutina ponía en los árboles de romanto medieval una especie de sintonía de espejos. Porque el paisaje parecía sonar en la paradoja de la calle silenciosa.

El padre, recio, con sus grandes pasos firmes y con el revelar de las ropas talares, la greña grisácea al viento, se acercaba sonriente. Salía de la biblioteca que se hallaba a mano derecha. Este oculto de libros guardados en anaqueles de curvas barrocas era el fondo sobre el cual destacaba habitualmente la alta silueta de nuestro amigo. Publicó poco, pero fue escritor. Lo era por vocación y por oficio. Los libros constituyeron la ruta predestinada de su vida.

La biblioteca del jardín cenobita en donde recibía a sus jóvenes alumnos no era en realidad "su" biblioteca. Esta se hallaba en dos piezas que constituían la celda conventual del agustino. Los volúmenes se amontonaban ahí con increíble, con aparente desorden. Pero el buen frate, en ese segundo piso del claustro entranable que abrigaba sus libros, tornaba locuz su tradicional aridez y su espíritu adusto se hacía tierno y un poco infantil. Aquel maremagnum de letra impresa, aquel sarrazo de ciencia y de teorías literarias y de ficciones encerradas en los tamos impresos no tenían secreto para el guardián, y su memoria sorprendente acudía presta a cualquier requerimiento.

En ese océano libresco y querido tuvieron lugar nuestras charlas, mientras afuera cantaban los pajarillos de Dios y nos llegaban con los cantos aromas de las plantas recién retedadas en su eterna obstinación de puntualidad.

Muchas cosas nos unían. De las que nos separaban no hablamos jamás. Me queda, pues, la duda de qué en éstas no nos halláramos también de acuerdo. Pero éste es otro cantar que por ahora no viene a cuento.

Nicolas muchos "cambalaches". Yo le di al padre mi archivo referente a Ramón de Maestre, algunos centenares de artículos escritos por el varón. En esos días el investigador agustino preparaba un volumen sobre el autor de "Defensa de la hispanidad" y cuando supo que Marrero tenía en prensa un libro con idéntico tema, remitió al suyo y puso su material a disposición del español. Mi archivo —o mejor dicho, la parte de mi archivo— lo cambió por un buen número de ejemplares de la revista "España", publicación dirigida sucesivamente por Ortega, Azusa y Luis



Reverendo Padre Alfonso Escudero

Araquistáin, y en donde el fabuloso Dagoria publicó sus mejores caritaburas. En esta revista desempeñó el puesto de secretario Juan Guixé, padre de nuestro actor José Guixé. Don Juan fue escritor y el filósofo Ortega lo tenía en alta estima.

Alfonso M. Escudero publicó diversos estudios sobre Alberto Blei Gans, Zorrilla de San Martín, sobre el Romancero castellano y sobre el Cid. Entre sus bibliografías destaca la dedicada a la prosa de Gabriela Mistral, Fuentes para el conocimiento de Neruda, Apuntes sobre el teatro en Chile, una biografía de Rodolfo Lenz, Antología poética de Chocano, Cuentos y cantares de Antonio de Trujillo, etc.

Su atención estuvo dirigida a los autores raros y desconocidos, a los que una crítica fagaz descubre y revaloriza; a los segundos de las generaciones decisivas: Zorrilla de San Martín, Salaverry, Tomás Carrasquilla, J. López-Prudencio. De todos ellos había escrito o pensaba escribir el padre Escudero.

El último de esos nombres estaba unido a nuestra amistad. Cierta día le dije que entre mis proyectos de futuras tribujas, fruto más bien de nostalgia y de añoranza, estaba un ensayo largo sobre López-Prudencio. Al decir esto, los ojos del padre se iluminaron con una luz de contento. "J. López-Prudencio" —dijo— sin eludir la "jota" del nombre, prueba de que sus palabras respondían a una impresión visual, como lo forjado a través de la lectura.

Pero ¿quién era López-Prudencio? En mi educación —buena o mala, no es esa la cuestión— no tuvieron que ver escritores de más campanillas y más sonoros. La formación se hizo a través de autores delectables que en esos años de primeras lecturas estaban muy en boga entre la gente joven de mis doce a mis quince años. Y los escritores de la novela semanal: Blasco Ibáñez, Díez de Tejada, Zamacois, Belda, el Caballero Audaz, Artemio Precioso, Carrere, inclusive Alvarez Retana. Sería falso decir que me formé con la lectura de Ortega, de Machado, de Unamuno, de Ansoáin, de Baroja. A estos autores los leí más tarde.

Mis lecturas de aquellos años de la adolescencia se complementaron con las crónicas del diario ABC. Mi "Salaverry" fue un librito con el cual quise pagar tributo a esos tiempos. Y el padre Escudero me ayudó con sus aportes a la bibliografía sobre este segundo del novata y orbe.

Alfonso M. Escudero pensaba hacer algún ensayo en torno a López-Prudencio, crítico literario del diario madrileño, anterior por supuesto a Fernández Almagra. No cronista de libros, cuya actividad tuvo lugar en las décadas veinte y treinta era un poco una figura fantasmal. Nadie lo había visto, nadie lo conocía. Su vida transcurría en Badajoz y desde esta capital extremista remitía invariablemente sus crónicas al rotativo de la entonces coronada villa de Madrid.

Frente a las carpetas de recortes que me iba mostrando el erudito agustino, se suscitó la conversación. "¿Cómo era? ¿Era joven, viejo?", inquiría el padre Escudero. "No sé, le respondía. No lo he visto nunca. Sólo puedo decirle que lo lei mucho y que él me dio los primeros atisbos de ciertos escritores a los que luego conocí por lecturas directas".

Ahora voy evocando para mí las charlas con el amigo que se nos fue. Impresiones ligeras, retazos de conversaciones. Los recuerdos de fragmentos de diálogos dichos con premura en una librería de viejo, en el patio de las Agustinas, en una conferencia, en la calle. Y el recuerdo de tanto amigo ido. Ricardo Latham, Mariano Latorre, Domingo Meli, Raúl Silva, Nicolás Guzmán, Milon Rosell, Luis Durand, Manuel Vega. "Sanlas compedax", como decía Unamuno. Ahora se les ha unido el padre Escudero, y sus libros, que vivían a la sombra de los viejos árboles, se han quedado solos.

Recuerdos del padre Escudero [artículo] Antonio R. Romera.

Libros y documentos

AUTORÍA

Romera, Antonio R., 1908-1975

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recuerdos del padre Escudero [artículo] Antonio R. Romera. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile